

Alfonso C. Comín

# No nos dejará tranquilos

LOS contrastes ya son habituales en nuestras vidas. La vida y la muerte de personas queridas tiene su dinámica propia que no responde muchas veces a nuestras experiencias o a nuestra propia dinámica. Siempre los acontecimientos nos cogen por sorpresa.

El recuerdo de la poesía de mi padre «En la mort d'un jove» se renueva cada vez que muere un amigo y nos hallamos ante una naturaleza imperturbable, magnífica y esplendorosa. «El ja no hi era, pro fora, al camp, era un ponent dolcíssim».

Frente al mar de un azul encendido, inhabitual a las 9 de la mañana, por teléfono nos llegó la noticia de la muerte de Alfonso Comín. En un instante así se reviven los acontecimientos de su vida, desde que le conocimos hace más de 25 años. Los primeros encuentros con los amigos de «El Ciervo» en el Tèrminus, luego en el Turia, en su casa, en la Rambla, todavía soltero, en casa de los Gomis, de Enric Ferran, en nuestra propia casa. El fuego perforador de sus ojos y siempre su actitud radical que iba más allá de todo lo que los demás pudiésemos dar. Si Enric Ferran era el inquietador constante —y ya se nos fue—, Alfonso era el inquieto por naturaleza, el que buscaba el compromiso, suyo y nuestro, el que sin cautelas arre-

metía contra la ambigüedad de nuestro contorno y nos dejaba —al menos a mí— confundido más que confuso. Pero su poder de atracción era extraordinario, arrastraba a los que tuvieran un mínimo de sensibilidad por los problemas religiosos, sociales y políticos de aquellos años. Su anhelo personal no se satisfizo jamás con un narcisismo revolucionario. Su afán de convicción provocaba enfrentamientos o seguimientos. Los mediocres quedaban, o quedábamos, al margen, aunque la amistad personal se mantuviera siempre incólume. Pero su propio titubeo en la acción social o religiosa desorientaba a veces a los que sentíamos el influjo de su pensamiento y de su conducta. Todavía recuerdo la crisis que se produjo en el grupo cuando Alfonso planteó la necesidad de alcanzar una coherencia entre lo que decíamos en «El Ciervo» y lo que practicábamos en la vida cotidiana. Me di cuenta de que era difícil hacer participar a todos del mismo grado de temperatura vivencial que él alcanzaba. Su fe por un lado y su radicalismo social al lado del pueblo trabajador por otro, adquirían unos perfiles que sólo podían conducir o a una actitud testimonial muy singular, personalísima, o a la formación de un grupo de resistencia ciudadana de un temple similar al de los guerrilleros

hispanoamericanos. «El Ciervo» quedó en lo que era, y él, ya con María Luisa y los primeros hijos, se fue a Málaga a vivir en un barrio obrero y a enseñar a los obreros, a la vez que proseguía su labor de proselitismo cristiano. Dos veces pasé por Málaga durante aquellos años y fui a verle. Los obstáculos que le ponían los defensores de la paz de Franco fueron incontables. El suyo era un «caso» que dejaba perplejas a las autoridades civiles o eclesiásticas. Fue un hombre incómodo, especialmente incómodo, porque su conducta y sus palabras no se correspondían con la imagen habitual del enemigo del régimen. Un ingeniero que por vocación inequívoca «desciende» (!) al estadio del pueblo obrero para convivir y convecer y desvelar la consciencia de aquellos hombres y mujeres, era un caso insólito, indigerible, especialmente para ciertas autoridades eclesiásticas.

A su regreso a Barcelona ya las autoridades habían medido mejor el alcance de su acción: fue a parar a la cárcel, en donde se radicalizó más, sobre todo en su ideología. Recuerdo la primera vez que vinieron María Luisa y él a cenar a nuestra casa, después de su salida de la Modelo. Sus palabras eran duras, su crítica de la Iglesia oficial más abierta. Llegué a pensar que su fe tambaleaba. Y me equivocaba. Pronto apareció bajo su égida el movimiento de «Cristianos para el socialismo» y su militancia política y su pertenencia al Comité Central del Partido Comunista. Y entre todo ello, su enfermedad. Ocho años de enfermedad con pronóstico grave y ocho años de acción, de artículos, de libros, cada vez más amigos de toda España, de Francia e Italia, de Hispanoamérica...

Por encima de todo queda su mirada encendida, su personalidad inquietante, sus palabras penetrantes, emotivas, María Luisa y los cuatro hijos, su casa y sus libros, su presencia entre nosotros antes, mientras vivía y ahora. Es la pervivencia misteriosa de las personas con carisma, con fuego, con ardor de acción y de fe. Ya no importa —para mí al menos— la concreción de sus esquemas. Importa el contagio de una personalidad indómita, de sus amores y sus justificados odios, de su difícil andadura por esta tierra y por nuestro mundo maltratado. Importa el rastro que deja como una incitación como un desvelo. No, no nos dejará vivir en paz, en esa paz que es y ha sido la muerte personal de tantos. No nos dejará vivir tranquilos. Se fue para quedarse.

Jordi MARAGALL